

El Informe

Jonatán Díaz Expósito

Se despertó con la tenue claridad del alba. Incluso antes de que sonase el radio-despertador, de los que señalan las horas con dígitos color sangre. Éste solía rescatarlo del sueño de Morfeo con el estrépito en ocasiones paroxístico, y en otras “in crescendo”, en una nueva conexión con la vigilia.

Desactivó completamente aquella caja de los truenos. No quería correr el riesgo de volver a desencadenar una nueva secuencia de estertores matutinos, si sólo pulsaba el botón de pausa. Seguidamente comenzó la secuencia de estiramientos corporales que le ayudaban a adaptar el colágeno a las actividades diurnas; evitaba así el peligro de que se quedaran unas partes del cuerpo dormidas, mientras el resto comenzaban la rutina diaria.

De repente, como un cólico, recordó: -*¡el informe!*-

Jorge trabajaba como fisioterapeuta en una pequeña, pero acogedora, consulta privada de fisioterapia. La había abierto hacía unos años, percatándose de la dificultad de acceder a una plaza fija en alguno de los hospitales públicos de la ciudad. Su intención, decía, era la de ayudar a mejorar la calidad de vida de sus pacientes. Quería hacerles comprender que sus dolencias, habitualmente, no eran circunstancias del azar, ni tenían que ver con la mala suerte, sino que, en mayor o menor medida, eran fruto de sus actuaciones o de la ausencia de ellas. Solía decirles, “*A partir de un simple acto se*

llega a tener un hábito, a partir de un hábito se forma un carácter, y a partir de un carácter se construye un destino”, parafraseando a Charles Reade. Les aseguraba que sus vidas y su salud dependían sólo y exclusivamente de ellos mismos.

Desde pequeño, Jorge fue bastante precoz en múltiples facetas de su vida, tanto era así, que aprendió a correr antes que a caminar. Esa especie de inercia que su abuela calificaba de <<hormiguilla>>, le obligaba a desarrollar variadas y originales estrategias para conseguir, lo antes posible, aquello que se proponía. Le decía a su madre -*mamá, cómprame ese juguete.*- y su madre le respondía -*ahora no tengo dinero.*- pero Jorge contraatacaba diciendo -*¡pues sácalo del banco!*-. Con lo que su madre no tenía más remedio que acudir a la conciencia infantil diciéndole -*¿tú qué prefieres: que yo te compre el juguete ahora, o que utilicemos ese dinero para seguir construyendo la casa nueva y que tengas tu cuarto nuevo con espacio para muchos juguetes?*- Ante tremendo panorama, Jorge terminaba por dejar escapar el pájaro, que además nunca tuvo en su mano, teniendo la esperanza de que los otros cientos que seguían volando, aterrizaran en su nueva casa lo antes posible. Fruto, quizá, del desarrollo de ese pensamiento lateral, perseguía a la hora de enfrentarse con la tarea de analizar los síntomas de sus pacientes, información accesoria que, a juicio de la mayoría de los que acudían a la consulta, no tenía que ver

con lo que les afectaba. Por ejemplo: les preguntaba qué grupo sanguíneo tenían, dato por cierto, que muchos ignoran; también su estado civil, si tenían hijos, si tenían hermanos, y muchas otras cuestiones que lo ayudaban a hacerse una idea, no sólo de la afección por la que acudía el paciente a la consulta, sino de su esquema básico de vida en ese momento. Jorge solía decirle a quien preguntaba sobre semejante interrogatorio: *-Cuando algún paciente acuda a mi consulta padeciendo un esguince de tobillo, y venga sin cabeza, entonces me dedicaré a tratar sólo el tobillo. En caso contrario, me verá obligado a atender también otras cuestiones-*.

Jorge además tenía la suerte de tener a su lado a Sara, su esposa. Ella era psicóloga y pasaba consulta en un despacho contiguo a Jorge. Ella había entrado en su vida casi por casualidad, o casi por mediación del destino. Apareció en el momento preciso en el que Jorge necesitaba un contrapunto. Algo que frenara la inercia acelerada que lo impulsaba desde el nacimiento. Para él, Sara constituía un apoyo inestimable en muchos aspectos, especialmente a la hora de aportar su visión respecto a cualquier tema. A menudo discrepaban, pero sabían que al final, el resultado siempre los satisfacía. Jorge decía que una de las cosas que le había enseñado Sara, era que éstas no eran blancas o negras. Que tenían matices. Y que si se quería profundizar, se podían desentrañar las claves de cualquier cosa. Eran el binomio perfecto, o más bien complementarios. Uno atendía los problemas físicos y el otro los emocionales, intercambiando opiniones sobre sus respectivos pacientes y enriqueciendo, por tanto, las posibilidades terapéuticas y los enfoques alternativos. Solían acordarse a

este respecto del viejo cuento sufi sobre los ciegos y el elefante con el cual se identificaban. El relato cuenta que: *“Un día, llegó al pueblo un circo, cuya atracción principal era un gigantesco elefante. Todos habían oído hablar del animal, pero nadie sabía cómo era. El pueblo vivía una situación peculiar. Y es que todos los habitantes eran ciegos debido a una enfermedad genética, y ello les dificultaba la adquisición de los conocimientos visuales. Decidieron enviar al circo una representación de siete personas para que intentaran determinar las características del animal, y luego explicárselas al resto de los habitantes. Después de oír por boca de los artistas del circo cuan hermoso, vigoroso y gigante era el elefante, se dispusieron a palparlo para hacerse mejor una idea. El problema vino cuando se dieron cuenta de que era tan grande que cada uno no podía abarcarlo para hacerse una idea global, por lo que decidieron que cada uno palpara una zona del elefante. Cuando regresaron y empezaron las descripciones, nadie podía saber a ciencia cierta qué y cómo era aquel animal que llamaban elefante, ya que muchas descripciones se contradecían. Todas eran ciertas, pero ninguna representa por sí sola al elefante”*.

Al levantarse ese día, Jorge se acordó como un “flash”, que todavía no había realizado el informe de alta de una paciente llamada Esperanza. Ésta había llegado a su consulta remitida por una compañía de seguros de accidentes de autos. Normalmente sólo trataba pacientes privados que acudían por cuenta propia. De forma ocasional, recibía el encargo de alguna compañía para tratar pacientes complicados o que no se habían recuperado en otros centros de fisioterapia. Le apenaba ver cómo eran

tratados los pacientes en muchos centros. Parecían latas de conserva pasando de un aparato a otro: *-ahora le vamos a dar un poquito de calor, le va a relajar mientras lo tiene puesto-, -ahora un poquito de corrientes, pero no se preocupe, ésta no electrocuta-, -ahora espere, que tengo que terminar con otro paciente que se tiene que ir...-*. Jorge no quería que en su consulta los pacientes se sintiesen productos manufacturados, por eso sólo aceptaba pacientes de compañías de seguros si podía atenderlos como lo hacía con los privados.

Así fue como llegó Esperanza a la consulta, un día de primavera por la tarde. Tocó el timbre del portero eléctrico, ese que, junto con el despertador, es el mayor precursor del infarto de miocardio. Jorge contestó: *-sí, ¿dígame?-, -ehhh! es para rehabilitación-* respondió Esperanza. *-Entre por el pasillo que está a su izquierda, que ya le abro.-* En esa época, Jorge trabajaba sólo en la consulta, y como todo joven empresario, realizaba todas las tareas posibles: responder al teléfono y al portero, coger las citas, cobrar, limpiar la consulta, abrir la puerta, y por supuesto, tratar a los pacientes.

Al abrir la puerta, observó cómo Esperanza avanzaba hacia él con suma dificultad, como si cargase sobre sus hombros cuatro veces su peso. Cojeaba de la pierna derecha, describiendo con ella un semicírculo, análogo al paso de una guadaña. Vestía de luto riguroso y su expresión denotaba profunda tristeza y sufrimiento. La mitad derecha de su cara estaba marcada o manchada de algo grisáceo. Luego se enteró que eran restos de la fricción de la piel sobre el asfalto durante el accidente. A pesar de lo deteriorada que estaba su imagen, se intuía una persona fuerte y por supuesto

más joven de lo que aparentaba. En ese momento tenía cincuenta y dos años, aunque parecía que superaba las seis décadas con creces.

Aún así, cuando estaba a escasos metros de la puerta, levantó la mirada del suelo, y al ver a Jorge, le sonrió. Éste siempre había pensado que la actitud del paciente, aunque tuviera lesiones físicas y psicológicas importantes, eran clave para su recuperación. Y esa sonrisa era un muy buen comienzo.

Esperanza le relató lo concerniente al accidente, aproximadamente veinte días atrás: *-Mi marido y yo solíamos salir en moto con un grupo de amigos, especialmente los fines de semana. En esta ocasión nos decidimos a pasar todo el fin de semana en la costa. Todo iba a pedir de boca. El grupo de amigos con el que íbamos era muy agradable y nos entendíamos muy bien. El tiempo era increíblemente apacible, como si no hiciera falta ningún impulso motriz para desplazarnos con las motos. Y además coincidía que era nuestro aniversario de bodas, con lo cual todo discurría inmejorablemente. Y fue cuando sucedió. La vida parece que te castiga cuando más feliz eres. Te arrebató lo que más quieres, y no puedes hacer nada. Yo me sentía dichosa cabalgando sobre la moto con una sensación, mezcla de libertad y mezcla de dependencia, por la cual sientes que vuelas, pero a la vez te aferras abrazada a lo que más adoras. Fue tan rápido que sólo estando en el hospital, fui consciente de lo que había ocurrido-*. En los ojos de Esperanza comenzó a llover. Primero con gotas que no querían brotar, y luego con una lluvia que no podía ser contenida. Jorge intentó tranquilizarla, no sabiendo qué decir hasta no tener toda la información. Ella prosiguió: *-Por lo visto, en una curva, él se desmayó. Los médicos*

dicen que probablemente fue por una subida del azúcar en sangre, ya que padecía de diabetes. El caso es que la moto se tambaleó y con la inercia de la curva colisionamos contra un muro de piedra que sujetaba una valla publicitaria- Jorge le apretaba la mano, quizás intentando cambiar de lugar el dolor que sentía Esperanza en su corazón. Le colocó el brazo por encima del hombro y la abrazó sin mediar una palabra. No había nada que decir. Hay cosas que no se pueden expresar con palabras, especialmente cuando lo ocurrido no se puede cambiar.

Cada día, Esperanza acudía a la consulta para recibir el tratamiento de fisioterapia en su rodilla derecha. El diagnóstico era: "Esguince de grado 2 del Ligamento Lateral Interno de la rodilla derecha". Al escribirlo en la hoja de exploración Jorge pensaba: *-Tanta palabrería para decir que tenía la rodilla muy jodida; y qué decir de decir su ánimo-. ¿Por qué siempre se necesita catalogar las cosas, encasillarlas, etiquetarlas, definir las? ¿Para qué?. Todavía no he visto un diagnóstico médico que diga: -paciente tal y tal, presenta un traumatismo en la rodilla, tiene erosiones en la cara, múltiples contusiones y se le ha muerto un ser muy querido ¡joder!-. Esto cambiaría mucho la forma de relación con los pacientes y por supuesto su pronóstico-*. Jorge recordó una tarde, reflexionando con Esperanza sobre la importancia de los diagnósticos, el caso de una profesora de matemáticas que le dio clases en el instituto. Todos los alumnos decían que las clases de Soledad, que así se llamaba, eran aburridas. No se entendía la materia, y como profesora, no tenía motivación para la enseñanza. Por suerte, Jorge tuvo acceso a cierta información que cambió la forma de ver la asignatura y la imagen que tenía de la

profesora. Dos años atrás, su marido había fallecido de un infarto, dejándola sumida en una profunda depresión. No tenía hijos, y el único nexo con la vida lo constituía su trabajo. Tardó cerca de un año en reincorporarse a la enseñanza, pero no terminaba de conectar con la motivación diaria necesaria. Jorge pensó que la mejor forma de ayudarla era participar más en clase, preguntándole y mostrándole interés tanto en las explicaciones como en las respuestas. El cambio fue espectacular. Incluso los demás alumnos estaban sorprendidos y se convirtió, a partir de ese momento, en una de las clases más entretenidas. Después de experiencias como ésta, Jorge tenía claro que lo más importante para recuperar a un paciente no sólo depende de tratar el trastorno físico, sino también de conocer en qué circunstancias se desenvuelve la persona.

Pese al dolor de la recuperación y la tristeza que la consumían, Esperanza siempre estaba dispuesta a regalar una sonrisa. Era de esas personas que siempre te sonríen cuando la encuentras en plena calle y son capaces, con ello, de alegrarte el día. Jorge trataba de crear una atmósfera alegre en cada sesión. Soltando un disparate por aquí, una burla irónica por allí, una confesión por acá, una anécdota por allá. Pensaba que casi todo era válido para ir arrancando el dolor del recuerdo. Ya que sabía por experiencia que nunca se olvida, pero que se va apagando si se le da tiempo, y se le deja partir.

En ocasiones comentaba con otros compañeros que una de las grandes ventajas de cualquier profesión relacionada con la salud, es que entrabas a formar parte de la vida de las personas. Nunca se sabía hasta qué punto se puede llegar a influir en su destino. Éste fue el caso de Jorge y Esperanza. El destino los

había unido y siempre queremos creer que hay alguna causa para ello.

En aquella época Jorge y Sara estaban a punto de tener descendencia. Anteriormente la fortuna no los había sonreído, ya que Sara tuvo un aborto del cual se había repuesto de forma admirable tanto física como emocionalmente. Ésta vez parecía que el embarazo iba a llegar a término. Fue una niña. Nació de madrugada, como para gritarle al mundo en el momento más silencioso: *-¡ya estoy aquí, agárrese quien pueda!*- La llamaron Elena, y desde ese momento, como es habitual, pasó a ser el centro de atención del universo familiar. *-Los niños son como agujeros negros. Todo gira en torno a ellos. No existe nada más que ellos-* le decía Sara a su marido.

Paralelamente a este suceso, Esperanza ya había recuperado toda la movilidad articular de la rodilla y deambulaba con una mínima cojera, casi imperceptible. No tenía dolor, y el trabajo de equilibrio estaba dando buenos resultados a la hora de que el apoyo de la pierna fuera estable y sintiera más confianza al pisar. Por lo tanto era el momento de darle el alta de fisioterapia y enviar el informe pertinente a la compañía de seguros.

En la última de semana de tratamiento, había salido la conversación de que Esperanza solía hacerse cargo de dos niños por las mañanas, como forma de ayudar a la economía familiar. Jorge se quedó con el detalle, y le propuso una noche a su esposa que dada la situación de Esperanza, sin trabajo fijo, con una pequeña paga de viudedad, y todo el tiempo para deprimirse, sería bueno para ella y conveniente para ellos, que se hiciera cargo de cuidar a la pequeña Elena mientras ellos trabajaban por las tardes en la consulta. Esta decisión

venía dada por dos circunstancias claves: La primera, que los padres de Sara vivían en otra provincia, por lo que no podían cuidar a la pequeña. Y la segunda, que lamentablemente la madre de Jorge había enfermado de cáncer y estaba muy debilitada. Por todo ello necesitaban de alguien con experiencia y confianza que les ayudara.

A Sara le pareció una estupenda idea, ya que además, estaba ayudando mucho a Jorge con la enfermedad de su madre y se sentía muy sobrecargada. Al día siguiente Jorge se lo propuso a Esperanza. Ella, con la sorpresa en su cara, sólo acertó a decir – vale.

Redactando el informe de alta, Jorge iba recordando el proceso del tratamiento desde que llegó Esperanza por primera vez; y pensaba *-quién la ha visto y quién la ve-*. Se enorgullecía de trabajar para conseguir recuperar el bienestar de la gente y mejorar su calidad de vida. El informe concluía con un: *-...en estos momentos la paciente se encuentra recuperada de la lesión del Ligamento Lateral Interno de su rodilla derecha. Presenta un recorrido articular normal, un balance muscular normal y una repuesta propioceptiva adecuada, por lo que se recomienda el alta de fisioterapia-*. Una vez firmado el informe, Jorge pensó que era muy afortunado porque el destino le había cruzado con Esperanza, y que además seguirían compartiendo no sólo momentos de complicidad, sino también el amor que sentían por la alegre Elena.

Las cosas se complicaron cuando Ángela, la madre de Jorge, empeoró después de la segunda operación. El cáncer se había extendido y aunque era muy luchadora, estaba claro que no se puede competir con el destino si no se coge a tiempo. Es más, Jorge pensaba con

frecuencia que las cosas se determinan mucho antes de que nos demos cuenta de ello. Se preguntaba, por qué las personas sólo intentaban cambiar su vida cuando caen enfermas, cuando fallece alguien cercano o cuando, en muchos casos, ya no hay marcha atrás. Había leído en algún libro: *-solemos actuar como si tuvieramos otra vida en la maleta-* y pensaba: *-Sólo cuando el estímulo es lo bastante fuerte, nos decidimos a cambiar nuestros hábitos-*. Quizás por ese afán de no caer en el mismo error que los demás, intentaba aplicar la teoría a la práctica diaria. Trataba de leer de temas variados con el fin de tomar de aquí y de allá los consejos de salud que podían ser más coherentes para llevar una vida plena. Libros de medicina, de nutrición, de autoayuda, de ejercicio físico, de terapias alternativas etc... etc... Su mujer le había regalado en uno de sus cumpleaños el libro de Noah Gordon <<El médico>> y a partir de ahí no podía parar de leer. Unos temas le llevaban a otros. Quería ir completando su particular cruzada, la cual denominaba: <<cómo vivir y no morir en el intento>>. Los pacientes eran, junto con él mismo, dianas de sus pensamientos. Trataba de que la consulta no fuera un mero trámite profesional. Analizaba los factores que más influían en el problema del paciente. Les recomendaba alternativas dietéticas, consejos posturales, asesoramiento sobre ejercicio físico y sobre todo, intentaba escucharlos y empatizar con ellos para, no sólo comprender mejor sus trastornos, sino también, ver en qué medida podía aconsejarles de forma integral y efectiva.

Esperanza se había convertido en una abuela para Elena. Jorge y Sara estaban encantados de que no sólo les ayudara, sino que además estuviera transformando la tristeza y la soledad por la muerte de su

marido, en un inmenso amor por la pequeña. Ese renacimiento personal contrastaba con el declive definitivo de la salud de Ángela. Su vida se apagó a los 47 años. Jorge pensaba: *-Unos dirían que fue poco tiempo, otros que fue suficiente y otros que el destino manda-*. Para Jorge fue algo esperado dado el conocimiento de la enfermedad que tenía, y además se creía en la necesidad de hacer de hijo fuerte, con autocontrol, compasivo con su padre. Pero por dentro se le caía el mundo. Tardaría varios años para desahogar ese peso. Ahora comprendía mejor lo que Esperanza sentía, especialmente ese extrañío vacío que deja la muerte de alguien querido. Esa sensación de saber donde está algo, pero que al ir a buscarlo, simplemente ha desaparecido, se ha esfumado sin rastro; y lo peor de todo, sin posibilidad de volver a encontrarlo.

Desde entonces, las vidas de Jorge y Esperanza, siguen unidas, especialmente a través de Elena, pero también con unos lazos invisibles de respeto, comprensión y cariño.

<<Y es que lo verdaderamente importante en nuestras vidas es lo que representemos para los demás a través de nuestros actos, y lo que influyamos en ellos con nuestras decisiones. Por ello, lo único que es inútil en nuestras vidas, es el tiempo que pasamos pensando que estamos solos>>.